

CAPITULO I

Acercamiento desde lo más general.

1

La reflexión filosófica ocurre dentro de un ámbito que la incluye y la sostiene. Se mueve, además, junto con multitud de actividades que la rodean por todas partes, la limitan, la impulsan y la penetran. Es por lo tanto finita, como finito es el pensador. Consideremos algunas de sus limitaciones.

Cuando el hombre se ocupa de temas que van más allá de los intereses y problemas inherentes al quehacer cotidiano, sea por que se refieren a éste desde una perspectiva diferente, sea porque enfoca cuestiones de otro orden más general y teórico; cuando el hombre se enfrenta a sabiendas y adrede con los enigmas que la totalidad y su condición y destino dentro de ella le plantean, volviéndose a la vez, asombrado, sobre su propia reflexión; cuando el hombre, pues, filosofa, se encuentra ya constituido en cierta forma y situado en un complejísimo sistema de relaciones.

2

En efecto, visto en el espacio tridimensional de la experiencia ordinaria, cada hombre es un ente entre entes, un ser vivo, vertebrado mamífero –“bípedo implume” capaz de emitir sonidos articulados. Como individuo encarna las características generales de su especie pero existe en su irreductible singularidad: es uno de los tantos ejemplares de la especie, intercambiable, repetible, y, al mismo tiempo, él solo, concreción única en que se encuentra una vez no más de esa manera todas las fuerzas de la naturaleza. Las consecuencias de la condición biológica del hombre son fáciles de ver. Esta determina hasta cierto punto el tipo de relación que tendrá con los reinos vegetal y animal, los cuales parasita necesariamente para sobrevivir; determina también la acción protectora contra la intemperie y los demás peligros que acechan la vida del cuerpo, “all the ills that flesh is heir to”; determina, en fin, debido a la constitución de los órganos de los sentidos y del sistema nervioso central, la imagen que se va a formar de sí mismo, de los entes que lo rodean y de sus relaciones en el incesante combate que es la vida. Su cuerpo, pues, con todas sus fortalezas y flaquezas, su herencia biológica le habrá determinadas perspectivas y le cierra otras.

3

Es importante observar que los instintos del hombre no tienen la precisión automática que los caracteriza en las abejas, por ejemplo. La conducta humana no está predeterminada instintivamente, sino que deja un amplio margen para la escogencia y creación de los medios a utilizar en el logro de los objetivos vitales. “Nadie nace aprendido” como dice nuestro proverbio. El niño no trae consigo respuestas ya hechas para resolver los problemas que han de presentársele. Tiene que aprender de las generaciones adultas. Pero ese proceso educativo, espontáneo o sistemático, presupone la existencia de la comunidad, sin la cual la existencia del individuo es inconcebible; de ahí la definición del hombre como *zoom politikón*: ente que vive necesariamente en sociedad y ha de crear y modificar sus formas de convivencia. La comunidad posee ya una forma más o menos adecuada de satisfacer sus necesidades: una estructura económica-política, un sistema de creencias y representaciones, un conjunto de hábitos y costumbres que rigen el sentir, el pensar y el hacer de los individuos y del grupo, y, sobre todo, un lenguaje, *conditio sine qua non* para la

existencia de la sociedad humana. A esa determinada constitución de cada colectividad, mantenida por la inercia conservadora de la tradición, llamaremos *cultura*, incluyendo en este termino tanto los productos materiales y estructurales del hacer colectivo, como el estilo de la actividad creadora y de la acción.

Como queda insinuado en la oración anterior, no existe una sola cultura, una sola solución inventada por la especie humana a sus problemas. Antes por el contrario: hay muchas, irreductibles las unas a las otras como etapas de una evolución única, puesto que cada una presenta sus propias líneas de desarrollo. Sólo un rabioso monismo cultural o la insolente arrogancia de una cultura que se crea culminación de un proceso en el cual todas las otras no representan sino etapas superadas, puede desconocer la pluralidad de posibilidades heterogéneas, de direcciones, que se ofrecen a la especie humana en la búsqueda o conservación de su equilibrio vital.

Mediante el proceso educativo, las generaciones en formación se integran a la vida social con la ayuda y protección de las generaciones adultas. Cada cultura tiende a *formar* a los individuos que en su seno nacen para que se adapten a la vida social y ocupen un lugar dentro de su organización, reemplazando progresivamente a las generaciones en decrepitud. Para comprender hasta el qué punto el individuo está *formado* por la cultura en que ha sido educado o *inducido*, es necesario recurrir a la comparación de sociedades diferentes. Así se evita el error de atribuir a la “naturaleza humana” fenómenos que sólo son explicables en el ámbito de la cultura. Que nos basten dos ejemplos:

Si bien la pubertad es un fenómeno biológico que corresponde a un cierto grado de desarrollo orgánico y maduración funcional, la adolescencia en cambio es un fenómeno cultural que no se presenta en absoluto en ciertas sociedades, y en aquellas en donde sí se presenta reviste características diversas y tiene duración variable de acuerdo con el tipo de organización.

Aunque las tendencias sexuales son comunes a todos los hombres durante cierto lapso de la vida, el amor es un fenómeno cultural. De los sentimientos, ritos, ceremonias, instituciones, tabúes y palabras que lo constituyen puede decirse lo mismo que se ha dicho sobre la adolescencia.

Resulta pues evidente que, de las diferentes y múltiples posibilidades abiertas por la indeterminación original de la conducta humana, cada cultura ha realizado algunas y ha excluido las demás. De modo que la cultura a que pertenece cada individuo es de máxima importancia en su manera de concebir y vivir sus relaciones consigo mismo, con los demás y con el mundo.

4

¿Quiere decir esto que el margen de indeterminación observable en el hombre como ser vivo viene a ser rellenado por un determinismo cultural? Consideremos que tanto el hombre como la cultura existen en el tiempo y se hallan en perpetuo devenir. El cambio es inevitable, no sólo en cuanto el contenido sino también, aunque más lentamente, en cuanto a la estructura. A menos de atravesar períodos estacionarios o de muy lenta evolución, individuo y cultura se enfrentan continuamente a problemas para cuya solución no bastan las formas adquiridas, es necesario utilizarlas de manera diferente o inventar otras. Se establece así un diálogo, a veces de extrema violencia entre las formas establecidas con su tendencia a mantenerse, a conservar su integridad, a salvaguardar la coherencia que de ellas resulta, y, por otra parte, las fuerzas que promueven el cambio para adaptarse a nuevas

circunstancias, para no perecer en el dogal de estructuras que, o bien han perdido su dinamismo por esclerosis y no ponen en juego todos los recursos de que disponen o bien resultan, por su propia naturaleza, incapaces de responder adecuadamente al desafío de los nuevos problemas. En ese diálogo, las decisiones del individuo, su toma de posición y su actividad creadora revisten singular importancia, pueden significar la diferencia entre la derrota o el triunfo, la libertad o la esclavitud, la supervivencia o la aniquilación. O, para no usar “esas grandes palabras que nos hacen tan infelices” (James Joyce), digamos con humildad que puede significar la diferencia entre un problema resuelto antes de pasar a los siguientes o el estancamiento en aporías aparentes. Es el campo de la personalidad.

5

Estos tres aspectos de la condición humana el biológico, el cultural y el de la personalidad pueden iluminarse por analogía al considerar el lenguaje, “espejo viviente del universo” como lo llamara Leibniz. En efecto: para hablar es necesario, por una parte, disponer de la base psicofísica del habla (aparato de fonación, órganos articulatorios, determinado tipo de cerebro), y, por la otra, haber aprendido un idioma, el cual pertenece a la herencia cultural, no a la biológica cada idioma costa de un vocabulario limitado (concreción de las representaciones y conceptos de la comunidad), y de una sintaxis que lo rigen (concreción del *modus cogitandi* colectivo); estos dos últimos aspectos de todo idioma, junto con los del orden musical, son el resultado de la idiosincrasia y experiencias históricas del pueblo que los creó y se transmiten como cosa ya hecha a las generaciones en formación. De tal manera, que las posibilidades de expresión del hablante están limitadas por su constitución anatómico fisiológica y por la constitución de la lengua que ha aprendido; si la primera es defectuosa o esta lesionada o enferma, no puede hablar correctamente o no puede hablar en absoluto; si no obedece a las leyes de la segunda, no puede ser comprendido por nadie o sus relaciones de comunicación lingüística se ven seriamente afectadas y disminuidas.

No obstante, lo que dice no está determinado: Sin disponer de recursos biológicos sobrehumanos y sin faltar a las leyes de su lengua, Dostoiewski nos conmueve, como un puñetazo detrás del corazón, con la sobrecogedora profundidad de sus mensajes; en el “El Príncipe de Homburg” nos muestra Kleist la máxima belleza arquitectónica que puede alcanzar una obra de teatro; sucumbimos ante el encanto sencillo de Tu-Fu, y quien no ha errado con asombro y angustia por el laberinto que nos tiende el humorismo religioso de Kafka.

Pero no es necesario recurrir a los genios de la literatura para probar este punto. El más humilde hablante hace que las formas lingüísticas sirvan a sus necesidades expresivas y hasta provoca mutaciones que pueden generalizarse.

Quizás haga falta otro ejemplo: Estoy sentado ante mi mesa de trabajo escribiendo; es media noche; frente a mí, libros, notas, fichas, lápices, una estilográfica, un tintero, ceniceros, una rosa amarilla en un florero, muchas hojas de papel en blanco algunas con sus caminos ya ocupados por la entrecortada caravana de las letras.

Huesos, músculos y tendones sostiene el cuerpo en la posición de escribir; su vida vegetativa continua su curso, respiro, la sangre circula, multitud de procesos fisiológicos se efectúa en la oscura intimidad de las vísceras, la mano obedece dócilmente los impulsos nerviosos. Es obvio que sin este cuerpo no podría escribir.

Pero esta habitación, estos muebles, estos libros, estos útiles de escritorio son productos del esfuerzo de multitud de generaciones y pueblos, presuponen una complicadísima organización social, presupone la cultura en sus estadios anteriores y su existencia actual; si careciera de ella, yo no hubiera tenido la oportunidad de aprender a leer y escribir, de pasar por la primaria, por el bachillerato, por la universidad; faltándome ella no hubiera podido dar un paso sin tropezar y caer para siempre. Es obvio que, de no ser por la cultura, yo no podría estar aquí, sentado ante mí mesa de trabajo, escribiendo.

Sin embargo, con el mismo cuerpo y la misma formación cultural, yo podría estar ahora en otros lugares, entregado a la lujuria, a la embriaguez y la ira o al ocio estéril de las esquinas y los cafés. Yo no estoy escribiendo porque tengo determinado cuerpo y determinada cultura, aunque sin ellos no podría hacerlo, pues ni siquiera existiría; estoy aquí, porque he decidido que el recogerme a clarificar ciertos conceptos resulta más valioso que el sombrío deambular irresponsable por el laberinto sonambúlico del tiempo.

6

La condición biológica y cultural del hombre lo limita y lo libera.

Lo limita, porque las múltiples formas de existencia, dadas efectivamente o imaginables piedra, pez, ave, árbol, insecto, rumiante, planeta, galaxia, arcángel, divinidad griega, hoja de hierba, poema, grito, anhelo oscuro, bala de fusil, mandrágora le ha tocado precisamente la condición humana con todas sus ventajas dolorosas. No dispone de mecanismos automáticos que le aseguren la vida en un *habitat* determinado, como la espiroqueta pálida o el ruiseñor, sino que tiene que inventar la cultura con sus propios esfuerzos y recrearla y reconstruirla constantemente; como el Jasón de Anouihl ha de rehacer penosamente, después de la tragedia, su frágil andamiaje de hombre.

Lo libera, porque sólo dentro de la limitación puede haber libertad. “En la noche del absoluto”, escribió Hegel, “todas las vacas son negras”. El *ápeiron*, al manifestarse, deja de ser *ápeiron*, pues tiene que crear o adoptar formas, y ¿qué es la forma sino un límite? Lo característico de todo ente es estar limitado, de lo contrario no sería. Descendiendo a un plano más concreto, observamos que no puede haber libertad dentro de la sociedad sin un sistema de leyes. Continuando esta catábasis analógica, consideremos que ningún juego puede existir sin reglas; dos jugadores de ajedrez no podrían jugar si el número, el tipo y los movimientos posibles de las piezas no estuvieran determinados; podrían abolirse las reglas tradicionales e inventar otras, pero se trataría entonces de otro juego con reglas propias.

Sin olvidar que toda comparación llevada hasta sus últimas consecuencias y verificada en todos sus detalles resulta absurda y ridícula, podemos comparar la condición humana con un juego muchas de cuyas reglas se desconocen todavía, aunque otras múltiples, en el transcurso de siglos de investigación, hayan sido ya desentrañadas y se sospeche el esquema general.

Si, como lo afirma Ham en “El Fin de la Partida”, de Becquet, se trata de un antiguo juego desde siempre perdido, o, como lo vocean los adoradores de la técnica científica, de una marcha triunfal por la vía recta e incesante del progreso, es cuestión que concierne más bien a la psicología y la fisiología, pues el pesimismo y el optimismo, como actitudes ligadas al funcionamiento de las glándulas endocrinas, no tiene valor cognoscitivo en ninguna investigación racional digna de tal adjetivo.

Hasta qué punto interviene en ese juego el azar y la suerte es cuestión que habría de tratarse por separado. En todo caso, podemos afirmar que en su desarrollo y estilo mucho

dependa de su habilidad de los jugadores y que el papel de marioneta es, en gran parte, voluntario.

7

El “juego” se complica cuando consideramos la multiplicidad y diversidad de las culturas. Raro es el pueblo que haya podido crear y desarrollar su cultura sin interferencias. Tarde o temprano ha llegado siempre la hora del conflicto con otros pueblos. Desde el entendimiento amistoso que oculta o propicia sutiles interpenetraciones, pasando por la guerra fría, hasta la conflagración armada con fines de exterminio o esclavización, se extiende una gama de relaciones variables que conducen al genocidio, a la esclavitud, al imperialismo, etc.; casi nunca a la coexistencia pacífica, siguiendo un principio que podría formularse con el fragmento N° 53 de Heráclito en su más superficial interpretación

“La Guerra es Madre de todas las cosas y Reina: a los unos ha señalado como Dioses; a los otros como hombres; a unos esclavos, a otros libres hace”.

Entendamos, naturalmente, por guerra no sólo el conflicto armado, sino también todas las demás manifestaciones, incluyendo las más sutiles, del encuentro entre poderes antagónicos.

Los recuerdos que se conservan en todas las tradiciones y con mayor presión la historiografía, así como la observación del mundo en el momento actual, nos muestran que algunos pueblos han desarrollado grandes culturas poderosas que logran absorber a otras e imponerse por diferentes medios.

El momento actual sobre nuestro planeta nos muestra algo más. Si en otro tiempo fue posible para ciertos pueblos desarrollar su cultura sin interferencias extrañas y pasar décadas, acaso siglos de aislamiento, hoy en día tal cosa es absolutamente imposible. Todas las naciones del mundo son interdependientes y lo que sucede en cualquiera de ellas repercute en toda las demás.

Es más: está ocurriendo un proceso de homogenización cultural que hace pensar en una humanidad futura totalmente unificada, apoyada sobre las mismas estructuras y regida por un solo gobierno. Pero ese proceso *no* ocurre como fusión progresiva de los diferentes grupos, por superación de contradicciones en síntesis cada vez más amplia, *sino* que se nos presenta como claro predominio y universalización de *una* cultura.

Más concretamente: de las muchas culturas que el mundo han sido, *una*, la occidental, se impone a nuestra atención con urgencia impostergable. Nacida en Grecia y desarrollada por los pueblos del occidente de Europa, esa cultura ha extendido su influencia por doquier en los últimos siglos. La Unión Soviética y los Estados Unidos de América, las mayores potencias militares de hoy, no han hecho sino desarrollar hasta sus últimas consecuencias ciertos aspectos de la Europa occidental que en ella no pasaban del estado espermático o, cuando más, embrionario. Altas culturas como la azteca y la incaica sucumbieron ya para siempre ante su empuje. Antiguas culturas como la hindú, la china, la árabe, la japonesa que otrora deslumbraran por la múltiple y variada plenitud de sus creaciones, van cediendo terreno con mayor o menor rapidez.

Los pueblos de culturas más simples y recursos bélicos menores indios de América, negros de África, esquimales, todos los que el pacífico rodea paternalmente han sido en algunos casos exterminados, en otros esclavizados, siempre utilizados como instrumentos, y ahora, en todo caso, clasificados como “subdesarrollados”; el mismo epíteto se aplica a los pueblos de grandes cultural no occidentales que aún existen.

Podría preguntarse, y la pregunta es ya retórica, ¿qué rincón del mundo hay donde no haya penetrado en alguna forma la cultura occidental?

8

En esta perspectiva, la posición de Venezuela y más ampliamente de Iberoamérica es especial. Nuestros países caen bajo la categoría de “subdesarrollados”, pero están emparentados con la cultura occidental por mestizaje. Desde sus comienzos han adquirido formas institucionales europeas; primero de los españoles por imposición, luego de otros países por libre imitación.

Esas formas, empero, no han calado profundamente, y así nos encontramos con un modo de vida colectivo esquizoide, a veces esquizofrénico, que por una parte presenta leyes e ideas de admirable concepción racional, y por la otra, una conducta social orientada por oscuros criterios clánicos y empresas de todo orden en las cuales predomina la afectividad sobre el intelecto y campea libremente la magia.

No hay instituciones ni formas lingüísticas de expresión adecuadas a la idiosincrasia nuestra; tanto las unas como las otras le han sido impuestas desde afuera, no han sido su propia creación, ni siquiera las ha modificado suficientemente; por lo tanto tiende a romperlas y a buscar formas propias, con la voluntad ciega y violencia surgida de la imperiosa necesidad de devenir lo que es. Pero no puede.

Así, la lengua americana, que trata de nacer continuamente, es reprimida por la circunstancia de que el idioma ha sido fijado y continúa siendo mantenido y fortalecido en sus formas por los poderosos medios de difusión característicos de la cultura occidental: la imprenta y los aparatos comercializados de telecomunicación, así como la educación sistemática.

Para poder hablar y escribir correctamente, hemos de situarnos en el sistema simbólico de otros pueblos. Eso conduce a la falta de autenticidad; de ahí se explica la sonoridad hueca de nuestra poesía, su tono declamatorio. Nuestros escritores no son personas sino personajes, actores de un extraño teatro grotesco en que, obligados a no ser ellos mismos, juegan a ser otros, pero al hacerlo revelan su profunda fisura, su radical esquizofrenia.

El que no se haya estudiado el español de América desde un punto de vista sintáctico no es un accidente. Los cambios incipientes que pugnan por romper el equilibrio sintáctico anuncian el advenimiento de un sistema nuevo que es necesario reprimir. En una lengua nueva, inventada por nuestros pueblos con los materiales recibidos pero fundidos y transfigurados con su aliento, tendríamos expresión verdadera, seríamos lo que tendemos a ser y no podemos por la invicta y quizá invencible presión del contradictorio armazón en cuya intrincada complicación nos debatimos.

Pero cada vez que esta problemática surge e intenta articularse intelectualmente, es yugulada por otra más imperiosa y urgente: estamos en pleno campo de acción de la cultura occidental y en momentos de acelerado proceso de occidentalización. No es la hora de las idiosincrasias locales, sino de las formas universales; entre nosotros la estación no es propicia para el arte, sino para la técnica, ni para la reflexión filosófica sino para la ciencia. Eso parece derivarse de nuestra posición en el laberinto actual del mundo.

El imperativo fundamental es: *Hay que occidentalizarse plenamente*. Nadie lo dice, pero está detrás de todas las consignas y las nutres, se presupone, por sabido se calla. El fin,

aunque tácito, es claro: se discrepa con respecto a los medios y su rapidez. *Hay que occidentalizarse plenamente y a la mayor brevedad posible.*

9

Pero, ¿qué significa occidentalizarse? Occidentalizarse significa racionalizar todas las formas de convivencia y todas las formas de trato con el mundo, es decir, ponerse a tono con una tendencia que ha marcado profundamente a la cultura occidental, sobre todo en los últimos siglos.

Pero, ¿qué significa *racionalizar* todas las formas de convivencia y todas las formas de trato con el mundo? Significa someterlas a medida, cálculo y previsión. En su aspecto teórico, mediante el desarrollo del conocimiento concebido como ciencia, o mejor; ciencias: ciencias de la naturaleza y ciencias de la cultura; ciencias nomotéticas y ciencia idiográficas. En su aspecto práctico, mediante el desarrollo de la técnica que busca el dominio de la naturaleza para ponerla “al servicio del hombre”, y el dominio del hombre para ponerlo al servicio de concepciones ideales sobre el deber ser.

Saber para transformar de acuerdo con proyectos claramente elaborados, con la peculiaridad de que la transformación se hace en base a cálculos precisos, por organización matemática encaminada a resultados computables.

Simplificación de la realidad por complicación de la razón, o sea CIENCIA, precedida y seguida por transformación consciente del mundo y de la sociedad en función de esquemas racionales, o sea TÉCNICA. He aquí los dos grandes fundamentos de la cultura occidental. Como veremos, corresponden a una interpretación muy particular del pensamiento y de la realidad, a una actitud axiológica especial ante lo humano y su problemática.

10

Nuestros políticos, intelectuales y maestros comprenden la necesidad de occidentalizarse plenamente y a la mayor brevedad posible, pero la conciben bajo otra perspectiva como progreso, adelanto, modernización creen con candorosa ingenuidad que la especie humana sólo tiene un buen camino y que los pueblos de la cultura occidental son hermanos mayores que han avanzado más rápidamente en él. Han internalizado la imposición exterior de las circunstancias históricas hasta el punto de confundirla con sus propios deseos; tal recurso no deja de ser útil para orientar las energías psíquicas y hacer lo inevitable con entusiasmo de voluntario. Sólo que las resistencias de la propia idiosincrasia no pueden ser silenciadas y se manifiestan de manera enmascarada, logrando, por lo tanto, mayor efectividad en su labor negativa de entorpecimiento. A este último fenómeno nos hemos referido más extensamente en otro trabajo. (*La filosofía y nosotros*).

A nuestros políticos, intelectuales, maestros y agitados estudiantes de todas las tendencias es frecuente oírlos hablar, discurrir, explicar, vociferar (en gran confusión semántica) sobre la urgente necesidad de la reforma agraria, de la industrialización, de modernizar la educación, de la sustitución de nuestras formas clánicas de convivencia por formas racionales, de cambiar las estructuras político económicas atrasadas que tenemos por otras, revolucionarias y salvadoras. En palabras nuestras: quieren racionalizar todas las formas de convivencia y todas las formas de trato con el mundo, sirviéndose de la técnica occidental.

En cambio, no es frecuente que comprendan lo siguiente:

Esa maravillosa técnica occidental, redentora de todos nuestros males, es imposible sin la ciencia occidental. De manera que habría necesidad de aprender todo lo que ya es conocimiento asegurado y fundar y arraigar tradiciones de investigación científica; de lo contrario, quedaríamos relegados al papel de operarios, de manejadores de máquinas, de aplicadores de procedimientos cuyo secreto conservarían otros pueblos. ¿No sería aceptar una forma refinada de esclavitud y un dorado envilecimiento?

La ciencia es imposible sin una actitud particular hacia el mundo y el hombre, sin una concepción especial de ellos, en suma, sin una mentalidad que se encuentre a sí misma en el ejercicio del método científico. La mentalidad que creó la cultura occidental es la misma que creó la ciencia, tal como hoy la comprendemos; ésta es parte esencial de aquélla.

La occidentalización de las formas de vida exige la técnica occidental; la técnica occidental exige la ciencia; la ciencia exige una mentalidad que no es la nuestra: *ergo* la occidentalización exige un cambio de mentalidad.

Ante esta situación, surge un problema de doble faz cuyo efecto, para la óptica intelectual, se asemeja al que nos producen ciertos dibujos de figuras geométricas en que los ángulos parecen, alternativamente, entrantes o salientes. En efecto, cabe preguntar por una parte: En ese proceso de homogeneización de la cultura humana por universalización de la occidental, ¿quedarán anuladas para siempre las posibilidades a que da lugar la peculiar idiosincrasia de cada pueblo? Transformar la idiosincrasia de un pueblo para que adopte patrones culturales que le son extraños, ¿no es una forma abyecta de genocidio? Por otra parte, sin embargo, ¿es que podemos elegir? La cultura occidental es corruptible y perecedera no hay reino, poder ni gloria terrestre capaz de resistir los ultrajes del tiempo ; pero, ¿no está la estrella de occidente alta y en ascenso sobre el horizonte del mundo, y no conduce o arrastra a todos los pueblos de la tierra en una forma que recuerda la frase de Séneca *ducunt volentem fata, nolentem trabunt?*

En este libro no enfocaremos este problema, el más importante del mundo actual, pero este problema constituye el lugar, el horizonte y la motivación de nuestro trabajo. Perseguimos dos fines: a) hacer a grandes rasgos una descripción *ad usum victimarum* de lo occidental, especialmente de la *Weltanschauung* científico-técnica y de sus métodos de pensamiento; b) distanciar lo occidental como occidental, la problemática actual como problemática actual, nuestro tiempo como nuestro tiempo: la distancia que crea toda mirada lúcida quizá permita liberar la reflexión filosófica para lo que le es propio, más acá de sus límites, y descubrir la abertura secreta que nos comunica con la supraintelectual y con lo eterno. Todo esto, con el objeto de plantearnos con mayor claridad el problema implícito en el título de esta obra.